



Drácula desencadenado

Brian W. Aldiss

Son los dueños del espacio y del tiempo. Sigilosos e implacables, los Voladores recorren la Tierra y la historia para cumplir un único objetivo: saciar su sed de sangre. El científico Joe Bodenland es el único que puede detenerlos, pero para hacerlo precisa ayuda. Su aliado se encuentra siglos atrás, en la Inglaterra victoriana: un escritor irlandés atormentado por el sexo y la muerte. Su nombre es Bram Stoker y todavía no ha escrito una novela que le hará famoso, *Drácula*. En esta secuela de *Frankenstein desencadenado*, Aldiss nos ofrece una delirante y deliciosa combinación de ciencia ficción y fantasía gótica.

*Para Frank, que se sentaba a nuestra mesa
cuando se presentó el espectro*

nicht sein kann, was nicht sein darf

Gondwana Ranch
Tejas - 75042
EE.UU.
18 de agosto de 1999

Querida Mina:

Pronto entraremos en un nuevo siglo. Quizá descubramos en él la existencia de desequilibrios mentales que hoy desconocemos. Tú, que has regresado de entre los muertos, estás mejor preparada que yo para enfrentarte a ellos.

En lo que a mí se refiere, estoy más dispuesto que antes a reconocer que mucha gente sufre, a lo largo de su vida, alguna enfermedad mental extraña —sin por ello ser ni neuróticos ni psicóticos— que la ciencia, en la actualidad, no se muestra inclinada a admitir. También soy consciente de esos inefables estados psíquicos que muchos individuos que se rebelan contra la sociedad valoran tanto. No me interesan. En el relato que viene a continuación —en el cual los dos jugamos un importante papel— encontrarás terror, horror, acontecimientos increíbles, y algo que carece de cualquier tipo de nombre. Una especie de nostalgia por lo que jamás nadie ha llegado a experimentar.

¿Ocurrió en realidad? ¿Había perdido yo la cabeza? ¿Llegaste a atravesar aquellas terribles puertas que están al final de la vida? Todavía puedo contemplar, cuando cierro los ojos, pero con una nítida visión mental, aquellos entes malditos que hicieron su aparición. Y creo que antes preferiría volverme loco que permitir que campen a sus anchas por el mundo.

Sé paciente y conserva la esperanza. Aún nos queda un largo camino por recorrer juntos, amor mío.

Te quiero. Joe

En la sala de subastas de Christie, Manson & Woods, en Park Avenue, Nueva York, el día 23 de mayo de 1996, se vendieron diversos libros.

Un anónimo comprador adquirió una primera edición de la novela de Bram Stoker *Drácula*, y pagó por ella 21.700 libras. Fue publicada en octavo marquilla por Constable & Co., Westminster, en mayo de 1897, encuadernada en tapas amarillas estampadas en rojo. Este ejemplar se encontraba en muy buen estado.

En la hoja de guarda se leía, escrito en una diluida tinta Stephens, el siguiente texto:

*A Joseph Bodenland,
Que les dio a los mamíferos su gran oportunidad...
Y a mí el título...*

Afectuosamente

Este sorprendente mensaje estaba fechado en mayo de 1897, en Chelsea, y lo firmaba y rubricaba el autor del libro, Bram Stoker.

Introducción

EN LA REGIÓN DEL PLANETA donde el crepúsculo es permanente se erguía el Bastión.

Todo el territorio circundante era rugoso y mustio como piel ajada. Crecían allí arbustos aferrados al suelo; de inteligencia rudimentaria, algunas de esas plantas podían llegar a beber sangre humana —como las criaturas que habitaban el Bastión.

Seis hombres cruzaban este peligroso paraje caminando en fila india hacia los negros flancos del Bastión. Una cadena de hierro los ataba unos a otros con un grillete en el brazo. En el calor del perpetuo anochecer apenas llevaban ropa. Iban descalzos.

Avanzaban sin acelerar el paso, la cabeza y los hombros encorvados, sus miradas sin vida fijas en el suelo. La rigidez con que se movían se debía menos al peso de los grilletes que al desaliento que reinaba entre ellos, patente en cada músculo de sus cuerpos.

A ras de ellos volaba el vigilante de esta hilera humana. Había algo majestuoso en ese ser que batía las alas lentamente, impulsándose en el aire viscoso. También él, como los seis hombres que vigilaba, era esclavo de la costumbre; su único cometido era escoltarlos hasta los laberintos del Bastión.

En el pasado, antes de perder su espíritu de lucha, esos seis hombres habían tramado la huida muchas veces. Se decía que en algún lugar todavía quedaban ciudades de-

rruidas donde vivían tribus de hombres y mujeres que habían logrado resistir a los Voladores con el declinar de los siglos: que en algún lugar, pese a la acometida de la noche, existían aún esas virtudes que los humanos tanto valoraron en otro tiempo.

Pero ninguno de los presos del Bastión sabía cómo llegar a esas ciudades de leyenda, y pocos tenían la resistencia necesaria para afrontar largas marchas por tierra.

Lo único que querían los seis hombres era volver a su prisión. Su turno de limpieza en el Mecanismo había terminado por ese día, les aguardaba la sopa y el descanso. Hacía mucho que el espanto de su situación les había embotado los sentidos. En los establos subterráneos, donde los humanos se hacinaban sin distinción, los esbirros de los Voladores les traerían sus raciones. Luego los dejarían dormir.

En cuanto al tributo semanal que habían de pagar en sangre durante el sueño... hasta esa pesadilla se había hecho rutinaria.

Sorteando las plantas sedientas de sangre, llegaron por fin con cierto alivio al enorme estoma abierto al pie del Bastión, que esperaba para engullirlos. El escolta se posó en el suelo, plegó las alas y los llevó hasta la cavidad. Los recibió un aire cálido y pestilente como el de un aliento enfermo.

La formación rocosa en la que se internaron subía tanto que se perdía en la atmósfera amarillenta, dominando el paisaje. Parecía un descomunal hormiguero. Nunca penetró en las estrechas mentes de sus arquitectos ningún concepto de simetría o elegancia: la construcción era azarosa. Algo parecido a una torre circular se elevaba en el centro, y daba la impresión de que la estructura entera era una especie de falo bestial que se había clavado en el cuerpo del planeta, atravesándolo.

De los costados del Bastión salían protuberancias laterales. Algunas parecían órganos deformes, retorcidas hacia el cielo o ladeadas; otras se arqueaban hasta la tierra agosta-

da y se hundían de nuevo en ella, a modo de contrafuertes del edificio principal.

La mayor parte del Bastión estaba bajo tierra, en sus innumerables laberintos, criptas y establos. En el interior, la estructura era ciega; desde fuera no se veía ni una ventana. A los Voladores la luz no les gustaba.

Pero en las partes más elevadas había orificios toscamente tallados. Las idas y venidas por esos respiraderos eran continuas; los Voladores los usaban para lanzarse mejor al aire. Lo habían hecho al comienzo del tiempo, y lo hacían ahora en el final.

Sólo se libraba del siniestro tráfico el orificio en lo más alto de la mole, el mayor de todos: estaba reservado al propio Príncipe de las Tinieblas, el conde Drácula, señor del castillo. Desde esa prodigiosa altura se lanzaba al mundo cada vez que salía en una misión, lo que se disponía a hacer en ese mismo momento.

Mientras la cuadrilla de los seis hombres emprendía su tortuoso descenso a los subterráneos para descansar sumidos en la fatiga de los esclavos, en el Mecanismo otros cuatro hombres muy distintos se preparaban para salir.

En tiempos mejores, estos cuatro hombres habían sido todos científicos. Aunque eran prisioneros, los dejaban sin grilletes para que pudieran moverse sin trabas por el edificio. La especie que los mantenía cautivos estaba por genética incapacitada para la ciencia y los había secuestrado de distintas épocas de la historia pasada. Estaban vigilados. Pero eran necesarios para el mantenimiento del Mecanismo, lo que les aseguraba el bienestar dentro del Bastión: sólo tenían que trabajar hasta que les llegara la muerte.

El líder del cuarteto bajó del observatorio mirando la hora en su reloj.

Elegido de común acuerdo, era un hombre de elevada estatura bien entrado en los treinta. Los Voladores lo habían raptado del Siglo Obsidional.

Su inteligencia y su espíritu indomable infundían valor a los demás. Alguien dijo una vez que su cerebro representaba el mayor logro de la especie del *homo sapiens*. El plan que en unos instantes pasaría de la teoría a la práctica era producto de su pensamiento.

—Quedan dos minutos, compañeros —dijo ahora, mientras cerraban sus instrumentos.

El Mecanismo —nombre que los Voladores le daban por ignorancia— era una mezcla de observatorio y central solar. Hacía mucho tiempo que la acción hostil del sol había destruido todos los observatorios espaciales.

Lo más importante era la central energética. Desde las plataformas del Mecanismo se controlaban los satélites solares, que se ladeaban como hongos gigantes para captar la energía del sol. La energía se empleaba para cubrir las necesidades de los Voladores; concretamente, las necesidades de su única forma innovadora de transporte.

Los científicos, forzados a trabajar para sus peores enemigos, perdían tiempo y hacían mal su labor. Como el Mecanismo estaba bien iluminado a fin de que los humanos pudieran trabajar, los Voladores no entraban. Pero afuera apostaban sus vigilantes: el colosal perímetro estaba rodeado en todo momento.

—Quietos aquí —dijo el líder bruscamente. Estaban los cuatro en el vestíbulo, listos para dejar su turno y ser conducidos de regreso al Bastión. Volvió a mirar el reloj—: Según nuestras predicciones, falta un minuto.

Por las puertas de cristal contemplaron el paisaje de siempre, macilento como el rostro de un anciano. A lo lejos, las truncadas lomas, los cauces destrozados, todo se perdía en una rara geometría de luces y sombras. En primer plano, veían la prodigiosa estocada del Bastión. Los correosos seres alados que lo rodeaban, zarandeados por un repentino viento de tormenta, parecían hojas muertas cayendo al dictado del otoño; desdeñando la luz, nada sabían del fenómeno que se avecinaba desde el espacio.

El jefe de los vigilantes de servicio bajó aleteando como un murciélago y aterrizó tambaleante ante ellos, al otro lado de las puertas. El viento de frente le hizo tensar el cuerpo.

Protegiéndose el rostro con la mano, miró a los científicos a través del cristal, los ojos rojos incrustados en mitad de su peludo y negro semblante de afilados colmillos. Les hizo una seña para que lo siguieran.

Los científicos hicieron como que iban a las puertas, pero torcieron hacia el mostrador metálico de recepción.

Quedaban treinta segundos.

El sol ocupó por poniente toda la parte baja del cielo como una enorme corola; ese círculo achatado era la flor que ya había destruido todas las flores de la Tierra. Estambres de relámpago agrietaron su corazón rojo, y el viento solar esparció su ignominioso polen por los planetas. Giraban a su alrededor las cuatro estaciones solares que captaban su energía y la enviaban a los depósitos subterráneos del Mecanismo. En el monumental quemador de helio brotaron torbellinos que podrían engullir mundos enteros: parecían ronchas infecciosas que sajaran un inmenso órgano inflamado.

En medio de la vorágine solar —como habían previsto en el observatorio— floreció una erupción blanca como el magnesio.

—Ahora —gritó el líder. Los treinta segundos habían transcurrido.

Se echaron, al suelo tras la barrera metálica, protegiéndose la cabeza con los brazos y cerrando los ojos.

En el preciso instante que habían calculado, el sol emitió una descarga que inundó el mundo de luz y de furia. A continuación, la onda expansiva bajó aullando por la garganta del sistema hasta que, muchas horas después, traspasó la heliopausa girando como una broca y se perdió en el espacio exterior. Irradiaba luz a su paso, lamiendo con su

lengua abrasadora las atmósferas de los inermes mundos que se cruzaban en su camino.

Los cuatro científicos eran los únicos preparados para este acontecimiento.

No se movieron de la barrera tras la que se habían refugiado, cuerpo en tierra, mientras el mundo se calcinaba lentamente afuera. Su vigilante había caído como un árbol carbonizado.

Al cabo de un rato, incorporándose poco a poco, se pusieron en pie. Se miraron unos a otros y miraron afuera, donde el Bastión se mantenía intacto en el paisaje renegrido. Después, siguiendo el plan, enfilaron hacia las escaleras que subían a las plantas superiores.

El pelo les brillaba y zumbaba al moverse. La electricidad estática del fuerte viento de tormenta había inutilizado los ascensores.

El oxígeno era escaso, pero no se detuvieron: era el momento de actuar, aprovechando que los Voladores seguían aturdidos.

Respirando con dificultad el viciado aire, fueron atravesando oleadas de un calor cada vez más agobiante. Recogieron una pieza que sería un ala del armario de un rellano y otra del siguiente. Para improvisar partes del fuselaje, también fueron cogiendo cascotes desprendidos del Mecanismo según subían. Cuando llegaron al observatorio, arriba del todo, sólo les faltaba armar las piezas y tendrían un planeador lo bastante grande como para llevar a un hombre.

En el paisaje que contemplaron desde allí, una gran cortina de humo avanzaba a toda velocidad, rompiendo como una marea viva contra los edificios del Bastión y del Mecanismo.

Observaron un detalle: las plantas sedientas de sangre sacaban las fauces del suelo poco a poco. Eran lo bastante inteligentes y a la vez tenían el suficiente instinto natural como para notar la inminencia de la descarga y buscar pro-

tección metiéndose bajo tierra. Pero los hombres no perdieron tiempo observando el fenómeno.

—¿No hace mucho viento para volar? —Preguntó al líder un hombre bajo y con barba—. ¿Y si el fuego hubiera destruido todas las ciudades de los hombres?

—No hay más remedio que intentarlo —dijo el líder—. Es nuestra única oportunidad, faltan muchas vidas para la siguiente explosión.

Pero se detuvo antes de subir al planeador para oír lo que sus compañeros quisieran decir en la solemnidad del momento.

El hombre de la barba quizá lamentara su vacilación ante el coraje del otro.

—Sí, claro que has de ir —dijo—. Como sea, tenemos que comunicar lo que sucede aquí a un pasado muy lejano: hay que informar a Stoker.

Los demás científicos objetaron, desalentados:

—Todas las leyendas antiguas dicen que Drácula destruyó a Stoker.

La emoción de la despedida les oprimía el pecho. El líder respondió con vehemencia, dirigiéndose a todos ellos.

—Ya hemos hablado de esto. Puede que esas leyendas antiguas sean falsas; ahora ya sabemos que la historia se puede cambiar. El espacio tridimensional que nos viene dado no es más que una dimensión del espacio de cuatro dimensiones del universo, del que el tiempo es un elemento flexible. Como afirma el principio de la incertidumbre, las partículas no tienen una trayectoria definida. Nos han esclavizado aquí, en el fin del mundo, para que generemos el colosal voltaje con que los Voladores regulan esas trayectorias. Iré en busca del otro extremo de su estela; es allí donde creo que se halla el legendario Stoker. Al fin y al cabo, Stoker, uno de los héroes de la Tierra, es el fogonero que —como su nombre indica— grabó con fuego una gran oportunidad para toda la humanidad.

—Es verdad —dijeron los demás casi a coro, y el más joven añadió—: Además, según las leyes del caos, este presente horrendo es sólo una probabilidad, no una realidad; la historia puede cambiarse.

El líder subía ya al aeroplano. El hombre de la barba volvió a detenerlo.

—Espera un poco a que cese el viento, será más fácil para el planeador.

—Los Voladores pueden volver al ataque, he de irme ya. Los miró a la cara, directamente.

—Sé que vais a sufrir, y lamento que no hayamos podido montar un avión lo bastante grande para los cuatro. Pero recordad esto: o lo consigo o muero en el intento.

—Hay estados mucho peores que la muerte, estando por medio los Voladores —comentó el hombre de la barba forzando una sonrisa. Iba a estrechar la mano de su líder, pero en el último momento lo abrazó con calor.

—Adiós, Alwyn, que Dios te guíe.

El líder se subió al aparato.

Tal como habían acordado, los demás empujaron el planeador al borde del precipicio... El aeroplano fue descendiendo hasta que sus alas lograron sostenerle en el aire y se estabilizó. Comenzó a volar describiendo círculos, logró incluso ganar altura y luego viró hacia el este.

Los científicos que habían quedado en tierra se quedaron mirando hasta que el planeador se diluyó en las tinieblas.

También sus voces se extinguieron en el viento.

—¡Adiós, Alwyn!

I

LA CARRETERA ESTATAL 18 sale hacia el norte desde St. George y, atravesando las Iron Mountains, lleva al desierto de Escalante; pero un día de 1999 llevó también a un pasado tan remoto que nadie jamás había podido ni siquiera imaginar.

Bernard Clift ya había trabajado otras veces en esta parte de Utah; solían ayudarle los alumnos del Dixie College más interesados por la paleontología. Este verano, el instinto había llevado a Clift a excavar en la falla pedregosa que los estudiantes llamaban Old John por las letrinas de madera que construyó allí un anónimo buscador de oro del siglo XIX.

Clift era un hombre delgado, desgarbado, de piel muy tostada y estatura media; sus rasgos angulosos y sus penetrantes ojos grises eran conocidos mucho más allá de su círculo profesional. Hoy estaba un poco tenso, como si supiera que se aproximaba un descubrimiento que le haría aún más famoso, y que abriría al mundo nuevas perspectivas y un nuevo terror.

Clift y sus ayudantes habían tendido sobre las excavaciones una lona azul —de un azul más profundo que el cielo de Utah— para protegerse del sol. Una docena de vehículos diversos se arracimaban aparcados al pie de la pared rocosa en la que trabajaban: la caravana de Clift y la de Enterprise —que servía comida y bebida durante todo